

January 2013

La esperanza de alcanzar la paz

Hermano Carlos Gabriel Gómez Restrepo, Fsc.
Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Gómez Restrepo, Fsc., H. G. (2013). La esperanza de alcanzar la paz. Revista de la Universidad de La Salle, (60), 13-19.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La esperanza de alcanzar la paz*

Hermano Carlos Gabriel Gómez Restrepo, Fsc.**

Apreciados Amigos y Amigas:

Han llegado Ustedes hoy al cumplimiento de un objetivo que se propusieron hace unos cuantos años. Entonces parecía lejano porque hablar de cinco o siete años es una paradoja o casi un imposible en un mundo que nos ha impuesto como paradigma el modelo de la comida rápida, de la vida acelerada, del vivir esclavizados del tiempo, del compromiso desechable, de la dificultad de mirar no solamente lo que vamos a hacer mañana sino lo que vamos a construir para las próximas generaciones, y en que avanzar más rápido es lo que cuenta sin muchas veces saber realmente a dónde nos dirigimos.

Cuando descubrimos que se necesitaron tres siglos para construir Notre Dame en París, varias generaciones para lograr las pirámides de Egipto o de Chichen Itzá, que pasaron unos cuatro meses para que en España se enteraran de la llegada de Colón a las Indias y siete más para que entendieran que la realidad era otra muy distinta y que era América la que irrumpía en la historia europea, y dos o tres césares para finalizar el Coliseo Romano; entonces también nos ponemos a pensar en la relatividad del tiempo y que con frecuencia más rápido no siempre es mejor, y que lo bueno, ciertamente, toma tiempo para apreciarse en su esplendor y que, como el vino, el añejo suele impactar hasta el deleite pleno.

* Discurso pronunciado con motivo de la ceremonia de grados de pregrado de la Universidad de La Salle, el viernes 22 de febrero de 2013, Teatro, sede de la Candelaria.

** Rector de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: rectoria@lasalle.edu.co

Estos años en la Universidad les dieron seguramente elementos para posicionarse frente a la vida y saber que se requiere paciencia, tesón y consagración para lograr objetivos que nos dan una sensación de serenidad interior profunda y la convicción, que deviene en satisfacción espiritual, de que los proyectos que nos implican completamente, que nos demandan lo mejor de nosotros, que nos impelen a mirar siempre más allá, y que nos ponen al borde de nuestras capacidades son, finalmente, los que permiten saborear las mieles de la felicidad que se construye con el esfuerzo, la perseverancia y la mira puesta en lo grande, en lo noble y en lo exigente. Lo decía Manfredi refiriéndose a Alejandro, “La grandeza de un hombre corresponde a la desproporción dolorosa entre la meta que se propone y las fuerzas que la naturaleza le ha concedido en el momento de nacer”.

Por eso, en el día de su grado, más allá de la felicitación que me honra expresar en nombre de la Universidad de La Salle y del reconocimiento a sus padres, amigos y parientes que son también parte de este logro, me voy a permitir invitarlos a seguir construyendo proyectos grandes que requerirán a los mejores de los nuestros para ir en su conquista.

Después de cinco décadas y varios intentos de llegar a acuerdos con los grupos armados al margen de la ley, en los últimos meses el tema de la negociación del fin del conflicto armado ha estado nuevamente sobre la mesa. Ciertamente ha despertado toda suerte de posiciones y sentimientos que van desde el escepticismo a la euforia, pasando, sin duda, por la fe, la indiferencia y la desidia. No obstante, resulta imposible que para quienes vivimos en el mundo universitario y, además, gente que hemos podido lograr una formación profesional de calidad, el asunto nos deje impasibles o neutrales. Si bien es cierto que hay cansancio hacia lo que consideramos como difícil, o acaso imposible, no puede ser que todos los colombianos y colombianas no anhelemos en lo más profundo de nuestro corazón que el país algún día encuentre los caminos para que sea posible la paz y la concordia, y que la reconciliación entre nosotros encuentre el terreno propicio para echar raíces y florecer. ¿Acaso no son suficientes cincuenta años de frustraciones frente a la paz? ¿No es el momento para de una vez decir: No más? ¿Tendremos que contentarnos con el epílogo

de *Cien años de soledad* de que “estas generaciones condenadas a cien años de soledad no tengan una segunda oportunidad sobre la historia”?

Mi primera invitación hoy es a dejar que en nuestros corazones y mentes se anide la esperanza de que es posible alcanzar la paz y, que una vez interiorizada, podamos transmitir la fuerza que emana de una convicción profunda que llegue a tocar los corazones de quienes constituyen nuestro entorno y que tienen sed de vivir un país distinto donde las oportunidades y las posibilidades existan para todos. Más allá de que el Gobierno haya trabajado en el aspecto político de una negociación, el proceso solo será viable si los colombianos y colombianas nos convencemos de que hay no otro camino distinto que avanzar hacia el desarme de los corazones, la búsqueda del diálogo, la discusión abierta de nuestras ideas, la construcción de consensos no solo para buscar mínimos posibles sino para ir mucho más allá hasta lograr el manejo concertado de las diferencias y la construcción de un sueño común de nación. Sin embargo, estoy convencido de que es fundamental que todos le apostemos al éxito del proceso y que dejando a un lado nuestras mezquindades seamos parte del coro nacional impostergable que digamos al unísono: ¡no más!, y le demos una oportunidad al éxito de la negociación.

Más que hacer una invitación al optimismo, les hago una convocatoria a la esperanza. Parecieran lo mismo, pero no. Lo primero es una actitud, la segunda una virtud. Una virtud se define como una cualidad moral y una disposición natural a hacer el bien, mientras que una actitud es un estado de ánimo que no depende propiamente de las convicciones profundas ni de los principios, como sí la virtud, sino de los avatares del día y las disposiciones personales. Obvio que la esperanza engendra optimismo pero, sobre todo, provoca compromiso y genera armonía y concordia.

Creer en la paz significa comprometernos en su conquista; nunca la encontraremos plenamente pero nos permitirá construirla sin descanso. Silenciar los fusiles y parar esta orgía de sangre y dolor es parte del camino, no la meta; el horizonte nos llevará a transitar por senderos complejos de compromiso por la justicia, la equidad, la misericordia, la compasión, la reconciliación y la acción para hacer de nuestros entornos espacios propicios para la paz.

La educación, hoy más que nunca, y la Universidad de La Salle, en particular, como institución formadora de profesionales con criterio y altos niveles éticos, han de contribuir intencionadamente con este anhelo y concitar las voluntades para hacerlo realidad.

Así que en el día de su Grado, muy fraternalmente los animo y convoco al compromiso de trabajar de consuno y a comprometerse con su acción profesional a ser constructores de paz, forjadores de valores, sembradores de virtudes, y artífices conscientes de que con su trabajo responsable, actitudes, compromisos y acciones puedan contribuir a darle una, quizás la última, oportunidad a la paz. ¿No será justo a este punto de la historia que ustedes puedan contar a sus hijos que la violencia es parte del pasado y no una realidad del presente? ¿No será entonces la hora de pasar esta página y que las generaciones que están naciendo encuentren en Colombia una sociedad en paz y oportunidades? Acaso, ¿podrá existir un mejor regalo para sus hijos y los colombianos por nacer que la paz y la justicia?

Resulta obvio que negociar el fin del conflicto armado no significa exactamente lo mismo que alcanzar la paz. Sin querer jugar a adivinar el futuro, pienso que la negociación llevará a que la mayoría de los grupos alzados en armas acuerden el cese total del fuego y la desmovilización para constituirse en partido político y una opción dentro de la dinámica democrática. Pero aún así, pienso que quedarán reductos que no lo hagan, amén de que siempre existe el peligro latente de que pueda suceder algo similar a lo ocurrido en Centroamérica donde el fin del conflicto armado dio paso al fortalecimiento de las Maras y de otras organizaciones delincuenciales dedicadas a actividades ilegales sin miras políticas. Ya las llamadas "Bandas Emergentes" en Colombia son un ejemplo de estas nuevas realidades que seguramente el país tendrá que enfrentar con fortaleza, unidad nacional y creatividad.

Sí, es importante que sepamos y nos preparemos para entender que el postconflicto es más difícil y complejo que el conflicto y que, en general, las altas expectativas que generan la firma de un armisticio o de un cese definitivo de hostilidades nunca pueden ser satisfechas inmediatamente y que, suele suceder, hay más violencia que antes de la firma o la desmovilización porque

tampoco la sociedad puede absorber en seguida a todos los combatientes que se desmovilizan.

No deja de llamarme la atención de que muchos le apuestan a un proceso de negociación como sinónimo de rendición total y otros temen o anhelan que sea un proceso de olvido o, incluso, de cambio radical de la Constitución y de la concepción del Estado. Ni lo uno, ni lo otro. Ni habrá rendición, ni habrá negociación de la estructura del Estado, ni puede haber perdón ni mucho menos olvido.

Y, ¿entonces qué? Por supuesto que el debilitamiento de las estructuras armadas ilegales y la derrota de su estrategia militar no significa necesariamente la rendición. Por eso se negocia, porque civilizadamente se puede poner fin al conflicto armado y facilitar los medios para la transición hacia la confrontación democrática y no armada, y la posibilidad de ser opción política en una sociedad abierta a la diferencia. Pero, es claro, que una negociación de este tipo tampoco implica la renuncia a la forma de Estado que hemos acordado ni de sus instituciones legítimas. Esto solo puede hacerse desde la legalidad y desde el marco constitucional que nos rige; es decir, del debate en el Congreso que produce las leyes o de una Asamblea Constituyente que solo puede convocarse con el visto bueno mayoritario del Constituyente primario que somos todos los ciudadanos. Podrá haber procesos de justicia transicional que de hecho ya existen pero, en todo caso, pasarán por la verdad, la justicia y la reparación. Así que el olvido, en términos históricos y políticos, no es posible, y puesto que una barbarie como la que hemos vivido no puede olvidarse porque, jamás, lo repito, jamás, podrá volverse a repetir en Colombia.

Pero, también pienso que es importante que nos convenzamos de que la paz es mucho más que el silenciamiento de los fusiles o el fruto de una negociación exitosa. La Paz implica otros procesos transformadores que nos tomarán tiempo, decisiones arriesgadas e instituciones fuertes y creíbles. Que Colombia sea una de las sociedades más inequitativas del planeta ciertamente es un obstáculo a la consolidación de la paz. En la medida en que avancemos en la búsqueda de un país que incluya, que ofrezca oportunidades, que cree los mecanismos para la mejor redistribución de la riqueza, que ponga a los ciudadanos en capacidad de competir desde sus aptitudes y actitudes personales y no solamente desde

las ventajas que da la cuna, y que despierte la solidaridad efectiva para que tomemos las decisiones pertinentes para generar justicia, entonces sembraremos las bases y crearemos las estructuras que hagan posible lo que Paulo VI alguna vez nos enseñó: “La justicia es el nuevo nombre de la paz”.

Así mismo, poco lograremos en términos de paz si no se renueva con carácter urgente el sistema judicial colombiano. Un sistema como el que tenemos que produce tanta desconfianza entre los ciudadanos es siempre una tentación para hacer justicia por la propia mano. Una justicia que no sea imparcial, rápida, eficaz y ecuánime no es garantía para una sociedad que pretenda dirimir conflictos de forma civilizada y no violenta. El día que los colombianos volvamos a creer en nuestro sistema judicial, en esa rama del poder público que defiende el derecho y los derechos, ese día habremos logrado una de las condiciones fundamentales para ser una sociedad pacífica, estable, progresista y equitativa.

Queridos Egresados de la Universidad de La Salle, son muchos los retos que ustedes como profesionales y nosotros como Universidad tendremos que asumir y realizar para ser protagonistas de la Colombia que soñamos y nos merecemos. El 2013 ha empezado para la Universidad con la Renovación de la Acreditación Institucional de Alta Calidad. La Resolución fue expedida el 14 de diciembre pasado. Es una excelente noticia y el reconocimiento al compromiso de una comunidad académica que ha hecho bien las cosas, como también es un desafío inmenso para continuar consolidando nuestro Proyecto y nuestros planes de mejoramiento. La calidad real de la Universidad se mide por el bien obrar y el constante construir de los nuestros, es decir, de nuestros egresados. Va mi invitación fraternal y sincera a todos Ustedes a comprometerse con generosidad y rectitud en la transformación de este país y al ejercicio profesional serio, responsable, ético, honesto y creativo. Que todo lasallista sea prenda de garantía de ser un profesional competente, de un hombre o una mujer con altísimos criterios éticos en su obrar y total responsabilidad en su actuar. Esta será la real alta calidad de la Universidad de La Salle.

Apreciados amigos y amigas: nuevamente mi felicitación por este logro y a sus queridas familias y amigas mi reconocimiento porque este es un triunfo compartido entre quienes hicieron el trabajo que hoy refrendamos con el título y

entre quienes les ayudaron a generar las condiciones para su triunfo. A todos y todas, muchas felicidades y muchos éxitos en su vida. Que el buen Dios los bendiga, los inspire y los acompañe en el camino.

Muchas gracias.